AMAZONAS

GUERRERAS DEL MUNDO ANTIGUO

Adrienne Mayor

DESPERTA FERRO
EDICIONES

AMAZONAS

DESPERTA FERRO
EDICIONES

AMAZONAS

Guerreras del mundo antiguo

Adrienne Mayor

DESPERTA FERRO
EDICIONES

DESPERTA FERRO
EDICIONES

Amazonas
Mayor, Adrienne
Amazonas / Mayor, Adrienne [traducción de Jorge García Cardiel].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017. – 472 p. ; 23,5 cm – (Historia Antigua) – 1.ª ed.
D.L: M-11178-2017
ISBN: 978-84-946275-3-8
931.30.355
950.292

AMAZONAS
Guerreras del mundo antiguo
Adrienne Mayor

Título original:
The Amazons. Live & Legends of Warrior Women Across the Ancient World
First Published by Princeton University Press.
Translation rights arranged by Sandra Dijkstra Literary Agency and Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L. All rights reserved.
Derechos de traducción concertados con Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L. Todos los derechos reservados.

© Adrienne Mayor, 2014
ISBN: 978-0-691-17027-5

© de esta edición:
Amazonas
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-946275-3-8
D.L.: M-11178-2017

Traducción: Jorge García Cardiel
Corrección y revisión del texto: María López González
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: junio 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2017 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Estudios Gráficos Europeos, S. A.

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Sage Adrianne.

Y en memoria de Sunny Lynn Bock
1952 - 1995,
espíritu de amazona.

DESPERTA FERRO
EDICIONES

DESPERTA FERRO
EDICIONES

ÍNDICE

Agradecimientos IX
Prólogo: Atalanta, la amazona griega XI

PARTE I. ¿QUIÉNES ERAN LAS AMAZONAS?

1. Antiguos enigmas, mitos modernos 3
2. Escitia, la tierra de las amazonas 21
3. Los sármatas, una historia de amor 39

PARTE II. LAS GUERRERAS EN LA HISTORIA Y LA TRADICIÓN CLÁSICAS

4. Los huesos: la arqueología de las amazonas 49
5. Los pechos: ¿uno o dos? 73
6. La piel: las amazonas tatuadas 85
7. El desnudo de las amazonas 109
8. Sexo y amor 121
9. Drogas, música y danza 135
10. Al estilo de las amazonas 149
11. Caballos, perros y águilas 163
12. ¿Quién inventó los pantalones? 185
13. Armadas y peligrosas: guerra y armamento 203
14. Idiomas y nombres amazónicos 229

PARTE III. LAS AMAZONAS EN LOS MITOS, LAS LEYENDAS Y LA HISTORIA DE GRECIA Y ROMA

15. Hipólita y Heracles 243
16. Antíope y Teseo 253

17. La batalla de Atenas 265
18. Pentesilea y Aquiles en Troya 281
19. Las amazonas en el mar 297
20. Talestris y Alejandro Magno 311
21. Hipsicratea, el rey Mitrídates y las amazonas de Pompeyo 329

PARTE IV. MÁS ALLÁ DE LA HÉLADE

22. El Cáucaso, la encrucijada de Eurasia 345
23. Persia, Egipto, el norte de África y Arabia 363
24. Amazonistán: el Asia Central 379
25. China 395

Apéndice: Amazonas y guerreras en la literatura
y el arte antiguos, desde el Mediterráneo a China 413
Bibliografía 421
Índice analítico 437

DESPERTAFERRO
EDICIONES

AGRADECIMIENTOS

La compilación de esta *Enciclopedia Amazónica* ha supuesto un largo viaje desde la Grecia Clásica a través de vastos territorios ignotos. La labor fue ardua pero gratificante y, como cualquier compendio de antiguos mitos y acontecimientos históricos, el libro resultante, este que el lector sostiene entre sus manos, se encuentra inacabado y sujeto a revisión. La emoción que se experimenta al descubrir las vidas y las historias de las amazonas, y de las mujeres que vivieron como amazonas en tantos y tan inesperados lugares, solo se atempera al comprender que nuestros conocimientos tan solo arañan la superficie de la historia. Innumerables aspectos de la materia aguardan a que los futuros investigadores profundicen en las antiguas historias de las mujeres guerreras.

Toda una serie de personas hicieron que este libro pudiera salir adelante. Comencé este proyecto gracias al Scholars Program de la Villa Getty, donde fui acogida como investigadora invitada residente entre agosto y septiembre de 2010 gracias a Peter Bonfitto, Mary Louise Hart, Kenneth Lapatin, Claire Lyons, David Saunder y Karol Wight. Me siento en deuda con mi editor Rob Tempio, único e incomparable; con los revisores anónimos de la editorial; con el director de ilustraciones, Dimitri Karetnikov; y con mi corrector favorito, Lauren Lepow. Expreso mi sincero reconocimiento a Sandy Dijkstra, Andrea Cavallaro y a todo el personal de la agencia literaria Sandra Dijkstra. Gracias a mis queridos amigos que leyeron y comentaron los primeros borradores (Kris Ellingsen, Deborah Gordon, Marcia Ober y Barry Strauss): vuestra ayuda fue crucial. Le estoy agradecida también a Betchen Barber por su revisión y sus reflexivas sugerencias. Atesoro también las honestas y perspicaces críticas de Michelle Maskiell y Josh Ober, quienes se leyeron todo el manuscrito no una, sino dos veces. Un agradecimiento especial también para Richard Martin y John Oakley, quienes a través de las décadas han soportado con una sonrisa un aluvión de preguntas sobre la mitología y el arte clásico. Henryk Jaronowski, Carla Nappi, Sarah Pines y Fred Porta me facilitaron las traducciones. Gracias a Paul Alexander por la verificación de los datos y a David Luljak por la indexación del libro. Me siento afortunada por poderme beneficiar de las dotes ilustradoras y los creativos mapas de Michele Angel y de la aguda corrección de galeradas de Barbara Mayor.

Muchos académicos y especialistas en diversas disciplinas han compartido generosamente conmigo su experto conocimiento y me han ayudado con las ilustraciones: Farid Alakbarli, Mustafa Bashir, Roberta Beene, John Boardman, Larissa Bonfante, Kathleen Braden, John Colarusso, Jeannine Davis-Kimball, Dan Diffendale, Ertekin M. Doksanalti, Piotr Dyczek, Lowell Edmunds, Jack Farrell, Debbie Felton, Michael Anthony Fowler, Matthew Funk, Laura Gill, N. S. Gill, Hans Goette, Mazen Haddad, Irene Hahn, William Hansen, Jenny Lando Herdman, Rebecca Hickman, Nino Kalandadze, Robin Lane Fox, Martin Lemke, Terrence Lockyer, Rossella Lorenzi, John Ma, Ruel Macaraeg, Kent Madin, Victor Mair, Justin Mansfield, Jody Maxmin, David Mazierski, David Meadows, Mete Mimiroglu, Maya Muratov, Michael Padgett, Svetlana Pankova, Michel Prieur, Richard Rawles, Ian Rutherford, David Salo, Uli Schamiloglu, Arthur Shippee, Stuart Tyson Smith, Ed Snible, Matthew Sommer, Helen South, Katie Stearns, Tatjana Stepanowa, Bob Sutton, Linda Svendsen, Jean Turfa, Peter van Alfen, James Vedder, Claudia Wagner, Christine Walter, Kirsten Wellman y Dianna Wuagneux. Mi sincero agradecimiento para la miríada de colegas eruditos y amigos de *Mithradates Eupator* en Facebook, por su investigación colectiva sobre toda una multitud de asuntos relacionados con las amazonas.

Este libro está dedicado a mi ahijada Sage, artífice de maravillosos cuchillos, y a la memoria de Sunny, otra rubia con espíritu de amazona. Josiah Ober, mi inquebrantable compañero, esta descripción antigua de la pareja nómada ideal expresa lo que siento en mi corazón: «Allá donde fueran, siempre estaban en casa si permanecían juntos».

DESPERTA EDICIONES

PRÓLOGO: ATALANTA, LA AMAZONA GRIEGA

El rey Yasos solo quería descendientes varones. Por ello, abandonó a su pequeña hija en una ladera de Arcadia, la agreste región montañosa de la Grecia meridional, donde una madre osa acogió y crio al bebé desamparado. Cuando, años después, unos cazadores se toparon con la niña salvaje, la llamaron Atalanta. Como si se tratara de una versión femenina de Tarzán, Atalanta era ya para entonces toda una atleta, con un talento innato para la caza. Segura de sí misma y dotada de una «mirada fiera y masculina», luchaba como un oso y podía imponerse sobre cualquier animal o ser humano. De hecho, a Atalanta le encantaban las peleas y su fuerza era tal que en una ocasión venció incluso al héroe Peleo en un combate singular. En todo caso, esta audaz virago de la mitología griega prefería vagabundear sola por el bosque, con su arco y su lanza por única compañía. Pero la vida en la naturaleza tiene sus riesgos: cuando una pareja de malvados centauros intentó violar a Atalanta, esta les dio muerte con sus flechas.

Debido a su valentía y destreza, Atalanta fue la única mujer a la que se invitó a participar en la legendaria expedición organizada para destruir al terrible Jabalí de Calidón. Según el mito, la diosa Ártemis había enviado un monstruoso jabalí con la misión de asolar la Grecia meridional; para acabar con tan devastadora bestia, Meleagro reunió a más de una docena de los héroes más célebres de la Hélade, que incluía a los argonautas Jasón y Telemón, a Teseo, el rey fundador de Atenas, a Peleo, el compañero de luchas de Atalanta, y a la propia Atalanta. Aquel que consiguiera acabar con el jabalí gigante podría quedarse con su cabeza y su pellejo. La única mujer de la expedición, Atalanta, por su mera presencia, despertó fuertes emociones entre los héroes varones y algunos de ellos se negaron a proseguir en la campaña si continuaba entre ellos. Pero Meleagro, enamorado de Atalanta, les obligó a continuar juntos.

Los cazadores, en todo caso, se vieron en dificultades desde el primer momento del combate. El feroz jabalí embistió y dio muerte a varios de los hombres y los perros de la partida y, en el caos reinante, algunos de los cazadores resultaron asesinados por sus propios compañeros. En semejante situación, Atalanta probó a ser más audaz y habilidosa que ninguno de los hombres, a excepción de Meleagro; ella fue, de hecho, la primera que hirió al jabalí, tras lo cual Meleagro lo acosó y terminó despachándolo con su lanza.

Acto seguido, el héroe ofreció la cabeza y el pellejo de la bestia a Atalanta, pues de ella había sido la primera estocada.

Pero la tensión entre los miembros de la partida de caza no concluyó con la muerte de la bestia. El tío de Meleagro bramó que consideraba deshonroso que una mujer se hubiera quedado con el trofeo, y él y sus compañeros se apresuraron a arrebatarle a Atalanta la piel del jabalí. Estalló una refriega, en el transcurso de la cual Meleagro acabó con su propio pariente y presentó de nuevo los despojos a Atalanta. Finalmente, esta pudo dedicar los grandes colmillos del jabalí, su cabeza y su pellejo en el templo de Tegea, su tierra natal. Pero Meleagro, entretanto, fue asesinado como resultado de las trifulcas familiares que se habían desatado tras la expedición. Ante la desaparición de su amante, Atalanta le ofreció a Jasón su singular lanza, un arma que al arrojarse alcanzaba enormes distancias, y se presentó voluntaria para viajar junto con él y los argonautas a través del mar Negro en busca del Vellocino de Oro. Pero Jasón vedó su incorporación, temeroso de que suscitara nuevas discordias entre la tripulación masculina de la nave Argos.[1]

Tras haber demostrado su heroísmo durante la caza del jabalí gigante, no obstante, Atalanta pudo reunirse al fin con sus progenitores. Su padre, el rey, no estaba demasiado orgulloso de ella, pero no podía tolerar la soltería de Atalanta, por lo que insistió en que debía casarse. Aterrada ante la idea de perder su libertad, empero, la legendaria cazadora impuso a sus pretendientes una arriesgada prueba: contraería matrimonio solamente con aquel que pudiera vencerla en una carrera a pie. Es más, concedería ventaja a cada contendiente que compitiera contra ella; ahora bien, daría muerte con su lanza a todo aquel que resultara derrotado. La terca griega concibió la carrera como una cacería humana, pero es significativo que la prueba también dejara abierta la tentadora posibilidad de encontrar a un varón digno de ella. Fiel a su propio nombre, que en griego antiguo significaba «equilibrio, igualdad», Atalanta deseaba para sí una relación igualitaria y no otra cosa habrían de aguardar sus esperanzados pretendientes en el caso de que alcanzaran a pedir su mano.

La atlética y radiante Atalanta resultaba tan deseable que ni siquiera la amenaza de una muerte súbita hizo desistir a numerosos jóvenes de competir por casarse con ella. Muchos de ellos perdieron la vida en el intento. Pero finalmente apareció un muchacho llamado Hipómenes que, al comprender que nunca vencería a Atalanta en una carrera limpia, rogó a Afrodita que le ayudara a triunfar mediante alguna argucia. La diosa del amor le entregó tres manzanas doradas, mágicamente irresistibles. Durante la carrera, Hipómenes dejó caer las manzanas una por una, para distraer así a Atalanta, que se detuvo a recogerlas en cada ocasión. Tras las dos primeras manzanas, la guerrera fue capaz de recuperar el ritmo de Hipómenes, pero la tercera manzana y un gran esprint final dieron al joven la victoria definitiva. Y es que Atalanta asesinaba a los hombres, pero no los odiaba: no tuvo inconveniente, por ello, en desposarse con Hipómenes.[2]

El suyo no fue, no obstante, el típico matrimonio griego. Atalanta e Hipómenes se pasaban los días alternando la caza en compañía y los momentos

de fervorosa pasión. Un día, durante una partida de caza, se abandonaron a un impetuoso lance sexual en el interior de un recinto sagrado. En mitad del acto amoroso, empero, ambos fueron transformados en una pareja de leones. Desde aquel instante, y durante toda la eternidad, Atalanta e Hipómenes habrían de vivir bajo semejante apariencia leonina.

La legendaria pista de carreras de Atalanta pronto devino en hito bien conocido en Arcadia y todavía en tiempos del Imperio romano se exhibía ante los turistas con orgullo. En Tegea, la tierra natal de Atalanta, los gigantescos colmillos del Jabalí de Calidón permanecieron expuestos en el templo hasta que el emperador Augusto se los llevó a Roma. Pese a todo, cuando el viajero griego Pausanias visitó el templo, hacia 180 d. C., quedó maravillado ante el friso monumental en el que se representaba la caza de la bestia monstruosa, obra del genial escultor Escopas hacia 350 a. C. En los años ochenta del siglo XIX, los arqueólogos franceses hallaron las ruinas del templo y, con ellas, algunos fragmentos de las gigantescas esculturas del frontón que había admirado Pausanias: perros de presa, héroes, la cabeza del Jabalí de Calidón y la propia Atalanta. Descubrieron también que el altar estaba cubierto de colmillos de jabalí dedicados por generaciones enteras de cazadores en recuerdo de la mujer legendaria. Y aparecieron asimismo los relieves de mármol de un león y una leona, alusivos a la transformación de Atalanta e Hipómenes.[3]

Los mitos griegos se representaron en múltiples ocasiones en las decoraciones vasculares, las esculturas y otras obras de arte antiguas, y la historia de Atalanta no fue una excepción. La caza del gigantesco jabalí fue una leyenda muy popular, evocada en los frescos, las estatuas y las decoraciones cerámicas entre el siglo VI a. C. y el periodo romano. La plástica griega a menudo retrató a Atalanta como una cazadora, acompañada de su arco, su lanza y su perro, y también a veces portando la cabeza del jabalí. Muchos vasos, de hecho, plasman el momento en el que Meleagro le presenta a Atalanta el anhelado trofeo. La entrega de los despojos de una partida de caza a la persona amada constituía un gesto de gran erotismo para los poetas y artistas de la antigua Grecia, por lo que el incidente nos revela que Meleagro y Atalanta eran amantes en el momento en el que dicho acontecimiento se produjo.[4]

Ahora bien, el registro iconográfico tan solo complica algunos de los misterios de la intrincada y paradójica historia de Atalanta. En algunas de las escenas de la caza del jabalí, por ejemplo, la mujer viste una túnica de motivos zigzagueantes ceñida con un cinturón, un flexible gorro puntiagudo y unas botas de caña alta, elementos todos ellos típicos de la vestimenta de los arqueros de ambos sexos procedentes de las tierras que los griegos denominaban «Escitia». Estos ropajes, de hecho, solo comenzaron a aparecer en el arte helénico a partir de los primeros contactos entre los griegos y las gentes del mar Negro y las estepas euroasiáticas en el siglo VII a. C. Los expertos en iconografía clásica, por todo ello, pugnan por explicar por qué Atalanta, una heroína griega, era representada portando prendas a la moda escita, similares a las que solían vestir, por cierto, las amazonas.[5]

Mapa 1: La Antigua Hélade. Mapa de Michele Angel.

Más enigmas suscita la primera representación de la caza del Jabalí de Calidón, plasmada en el magnífico Vaso François. Esta espectacular crátera de vino de 60 cm de altura firmada por el pintor Clitias (*ca.* 570 a. C.) fue descubierta en 1844; en 1902, por desgracia, el precioso recipiente se rompió en 638 pedazos cuando un iracundo guarda del museo de Florencia arrojó un taburete contra él, pero finalmente en 1973 pudo restaurarse por completo. El vaso muestra a más de dos centenares de personajes, muchos de ellos acompañados de sus respectivas inscripciones identificativas. Entre ellos, podemos observar al gigantesco jabalí acosado por Meleagro, Peleo, Atalanta y otros héroes griegos. Pero la escena la completan tres enigmáticos arqueros. Uno de ellos esgrime un arco escita, los tres llevan sus carcajes a la cintura al estilo escita y todos ellos portan los distintivos gorros puntiagudos escitas. Además, uno aparece acompañado del nombre *Kimerios*, que lo vincula con los cimerios, una tribu de Escitia; el nombre de otro de ellos, *Toxamis*, combina el vocablo griego para «flecha» con el sufijo iranio *-mis*. ¿Por qué razón Atalanta se acompañaría de estos arqueros vestidos a lo escita en el marco de este prototípico mito griego?[6]

Pero Atalanta también fue la única heroína de acción de la mitología y el arte griegos, y su certamen de lucha contra Peleo se convirtió en otro tema recurrente en la iconografía. En tales escenas atléticas, Atalanta aparece vistiendo tan solo un taparrabos (*perizoma*, una prenda habitual de los atletas varones bárbaros), mostrando por tanto el busto descubierto, o bien viste una

Figura 1: Atalanta con vestimenta deportiva (su nombre aparece inscrito sobre ella). Kylix (copa para beber) de figuras rojas del pintor de Euaion, siglo V a. C. Inv. CA2259, Museo del Louvre, París. © Musée du Louvre, Dist. RMN-Grand Palais / Les frères Chuzeville / Art Resource, Nueva York.

especie de sostén deportivo (*strophion*, un complemento típico de las acróbatas) y un capacete de ejercicios. Ciertos detalles sensuales en estas escenas de combate insinúan que quizá hubo algo más que mera competición deportiva en su encuentro con Peleo. En la decoración de un vaso, una pequeña silueta leonina aparece bordada en la parte trasera del calzón de Atalanta, en alusión sin duda tanto a su carácter como a su destino legendario.[7]

La transformación de Atalanta en una leona resulta asimismo desconcertante. Los comentaristas posteriores, latinos y medievales, trataron de explicarla como un castigo divino, partiendo de la perversa asunción de que los leones no podían aparearse con los demás animales de su misma especie.[8] Esta peculiar noción ha sido aceptada por los historiadores modernos, quienes retratan a Atalanta como «sentenciada a cazar de por vida», como una leona solitaria, «sin poder disfrutar nunca más del sexo». Pero no solo ella fue transformada en leona, sino también su amante. Y no tenemos ninguna evidencia de que esta extraña creencia romana sobre la vida sexual de los leones existiera ya en la literatura griega clásica. El naturalista romano Plinio (siglo I d. C.), de hecho, es el autor al que generalmente se cita para referirse a esta idea errónea sobre los leones pero, en realidad, lo que sostiene Plinio es que estos animales son compañeros extremadamente pasionales y celosos entre ellos que, en ocasiones, se aparean también con otros grandes felinos. La transformación de los amantes en león y leona en el momento del éxtasis sexual parece singularmente gratificante para

Figura 2: A Atalanta luchando contra Peleo. Ánfora ática de figuras negras procedente de Nola, del pintor Diosfos, siglos VI-V a. C. INV: F1837, bpk, Berlín / Antikensammlung, Staatliche Museen / fotografía de Johannes Laurentius / Art Resource, Nueva York.

ellos, y no tanto un castigo como una compasiva intervención divina para una pareja que se negaba a adecuarse a las convenciones del matrimonio griego tradicional.[9] Bajo la apariencia de leones, el más noble de los animales salvajes (unas criaturas conocidas por cierto por acechar y matar a sus presas en pareja), los amantes y compañeros de monterías Atalanta e Hipómenes podrían continuar cazando y amándose sin descanso durante toda la eternidad.

Ahora bien, la transformación de Atalanta en leona entraña asimismo un poderoso mensaje: una mujer como ella, amante de la caza, de luchar contra los hombres y de vagabundear a voluntad, no tenía cabida en la sociedad griega «real». Una mujer así sería una marginada, carente de todo lazo comunitario debido a su rechazo de los modos de vida propios de las buenas esposas griegas, confinadas en la esfera doméstica junto con sus hijos y parientes. El mito expresa los potentes sentimientos encontrados que la independencia y el vigor físico de Atalanta suscitaban entre los varones griegos. Algunos de ellos, como los tíos de Meleagro, reaccionaban con ira y violencia; pero otros, como el propio Meleagro o Hipómenes, pensaban que Atalanta se merecía vivir tal y como deseara, y muchos de ellos, de hecho, la encontraban sexualmente deseable y estaban dispuestos a arriesgar sus vidas por convertirse en su compañero durante el resto de sus días. Tal y como declaró el antiguo escritor Eliano, ningún hombre tímido se sentiría atraído por Atalanta y solo los más valientes se atreverían siquiera a sostener su desafiante mirada.[10]

Los varones griegos que suspiraran por una compañera segura de sí misma como Atalanta, no obstante, no la encontrarían en Grecia. Semejantes mujeres moraban solamente entre los bárbaros que vivían en torno al mar Negro. Diversos mitos nos hablan de héroes griegos que se emparejaron con formidables mujeres procedentes de dichas regiones, como fue el caso del líder de los argonautas, Jasón, que se enamoró de la orgullosa e independiente Medea en las lejanas costas del mar Negro y la trajo consigo de vuelta a Grecia (donde, por cierto, Medea fue apodada «la leona»); o también el de Odiseo, quien se convertiría en el prisionero de amor de la hechicera Circe, cuyo nombre parece ser circasiano, uno de los idiomas del Cáucaso.[11] Incluso el héroe Teseo secuestró a una princesa guerrera de las costas meridionales del mar Negro, la amazona Antíope, y la condujo consigo a Atenas (*vid.* Cap. 16).

Quizá algunas muchachas griegas anhelaran ser como Atalanta, la intrépida cazadora que vivía a su manera. Pero sus esperanzas desaparecerían junto con la llegada de la pubertad, cuando se esperaba de ellas que contrajeran matrimonio y obedecieran en todo a sus maridos. A este respecto, resulta significativo que las jóvenes atenienses tomaran parte en un ritual iniciático denominado las Arkteia («las Osas»), celebrado en los santuarios de Ártemis, festival durante el que las muchachas pretendían ser oseznas salvajes. Recordemos que, en el mito, la propia Atalanta fue un «cachorro» criado por una osa. El culto de las Arkteia es misterioso, pero sabemos que las actividades de las fieles incluían carreras a pie, actividad que asimismo parece evocar la figura de Atalanta. Los artefactos arqueológicos documentados en el santuario de las Arkteia en Braurón incluyen representaciones de osas y chicas jóvenes a la carrera, y también numerosos juguetes y muñecas que serían entregados a Ártemis a la conclusión de este ritual mediante el cual se consideraba que las niñas accedían a la edad adulta.[12]

Los especialistas creen que los ritos relacionados con las osas subrayaban la supresión de la naturaleza «atalántica» de las jóvenes como parte de su preparación para el matrimonio. Los escritores varones griegos a menudo caracterizan a las muchachas púberes como animales salvajes, deseosos de dar rienda suelta a una vida desenfrenada como la de Atalanta. En vez de en leonas, se suponía que

las esposas griegas debían transformarse en dóciles matronas. En palabras de un reconocido clasicista, «la amazona que había en ellas debía morir».[13]

Otra cuestión intrigante concierne a la propiedad de las piezas artísticas de gran erotismo que representaban a la heroína cazadora que desafiaba los convencionalismos sexuales griegos. Parece que muchos de los vasos decorados con imágenes de Atalanta, como el propio Vaso François, tenían las formas típicas de los regalos nupciales. Atalanta aparece también en los frascos para perfumes femeninos. ¿Por qué razón se consideraría que las representaciones de Atalanta eran regalos adecuados para las mujeres y los recién casados? En efecto, Atalanta, verdadero icono de la «perversidad social y sexual», ajena al yugo del matrimonio, parece una imagen particularmente «problemática» para ofrecérsela a una novia, tal y como señala un especialista en el mundo clásico. ¿Acaso las imágenes de Atalanta eran contraejemplos que alertaban a novias y novios de los peligros de la castidad y de la lujuria excesiva, tal y como algunos autores defienden? ¿Simbolizaban realmente tales regalos la «domesticación de la naturaleza salvaje por parte del civilizado varón griego»?[14]

Como era bien conocido, Atalanta nunca llegó a ser domesticada. La popularidad de su imagen en el arte público y privado (y especialmente en los vasos nupciales y los objetos personales femeninos) suscita por tanto ciertos enigmas fascinantes sobre la vida privada de los griegos.[15] Puede que las historias y las ilustraciones de Atalanta animaran a las mujeres griegas, recluidas en el interior de su propio hogar y en la soledad de los dormitorios que compartían con sus esposos, a imaginarse a sí mismas como una nueva Atalanta o incluso como una leona en libertad.

Atalanta fue también representada en los vasos griegos empleados por los hombres durante los *simposia*. De modo que *tanto hombres como mujeres* optaron por rodearse de vibrantes imágenes alusivas a esta cazadora fuerte e independiente; la contemplación de tales iconografías proporcionaría placer, pero también algo en lo que pensar, para los griegos de ambos sexos. La popularidad del mito de Atalanta evidencia que varones y mujeres disfrutaban por igual de la leyenda de la vigorosa joven que permaneció siempre al margen de las restricciones sociales y los lazos del matrimonio tradicional. A pesar de las disonancias y ambivalencias ocasionadas por la idea de ciertas mujeres que se consideraban iguales a los varones, los griegos disfrutaban de las historias de los héroes y heroínas que compartían peligrosas cacerías conjuntas y otras aventuras repletas de peligros y gloria.

Pero los enigmas sobre Atalanta se multiplican a medida que profundizamos en el análisis de su figura. Incluso el nombre de Atalanta resulta curioso. El antiguo término griego para referirse a «equilibrio, igualdad», *Atalanta*, se asemeja mucho a una locución propia de un arcaico idioma caucásico hablado en Abjasia (costa nordeste del mar Negro) que significaba «Él dio o fijó algo ante ella». ¿Acaso esta frase aludiría al regalo de los despojos del jabalí o a las manzanas doradas arrojadas durante la carrera? Los helenos eran particularmente aficionados a la discusión de etimologías griegas para explicar el significado de las palabras que habían tomado prestadas de otros idiomas (*vid*. Caps. 1-5). En todo caso, ambos nombres, el abjasio y el griego, eran semánticamente comple-

mentarios, pues cada uno aludía a ciertos rasgos del mito de Atalanta. Algunos expertos especulan incluso que la caza del Jabalí de Calidón podría contener ciertos vestigios del folclore escita, una posibilidad verdaderamente fascinante.

De manera harto llamativa, otra locución parlante abjasia aparece en la inscripción no griega que acompaña a una pintura vascular de Atalanta luchando contra Peleo, y que describe a la mujer como «la de pelo rizado» (*vid.* Fig. 2). Una antigua saga abjasia recientemente traducida nos habla de una esforzada joven, Gunda la bella (también llamada «Doña Héroe»), quien juró que solo se casaría con aquel hombre que pudiera derrotarla en una pelea. Noventa y nueve animosos pretendientes fracasaron y a todos ellos Gunda les cortó las orejas y los marcó como perdedores. Pero finalmente apareció un joven llegado de tierras muy lejanas que consiguió vencerla en combate, a pesar de que la confrontación se prolongó durante todo un día y sacudió hasta la misma tierra. Ambos se casaron y vivieron felices para siempre.[16] Y es que el desafío nupcial de Atalanta resulta chocante en el contexto griego, pero el tema de la mujer poderosa que organiza certámenes atléticos entre sus potenciales pretendientes estuvo muy extendido en el Cáucaso, en Persia y entre los nómadas esteparios (*vid.* Caps. 22 y 24).

No es de extrañar que la leyenda de Atalanta haya generado confusión entre los clasicistas que tratan de valorar los múltiples significados del mito. En un intento de capturar el elusivo trasfondo de su figura, los expertos defienden que esta materializa toda una cadena de contradicciones. Se dice que representaba la virginidad no sexual y, *al mismo tiempo*, la sexualidad salvaje, animal; que rechazó la maternidad, *pero* que crio a un hijo que se convertiría en héroe; que representa a las chicas núbiles, *así como a* los muchachos jóvenes; que es *a la vez* cazadora y presa; una amenaza para el orden masculino, *y también* un objeto de deseo; una asesina de hombres, *así como* una amante entregada. Atalanta es todo un «estudio de la ambigüedad», una «mezcla de comportamientos discordantes». La mayor parte de los especialistas concluyen que el mito de Atalanta hubo de formar parte de un ritual de iniciación para los *muchachos* griegos, que serviría como contraejemplo de comportamiento para las *muchachas*. Tal y como el gran clasicista francés Jean-Pierre Vernant admitía, «todo lo relacionado con Atalanta se torna enormemente confuso».[17]

Atalanta es un personaje único en la mitología griega y su historia resulta extraordinaria y compleja, un verdadero imán para las contradicciones internas de ansiedad y deseo que aquejaban a unos griegos que reprimían a sus propias hijas y esposas. No en vano, Atalanta era una fémina bien atípica. Su vida era idílica, pues vagaba por los campos dedicada a la caza y a las actividades atléticas, pasatiempos estos que habitualmente disfrutaban los varones; era audaz, estaba armada y resultaba peligrosa, ya que sabía defenderse a sí misma con su arco y su lanza; retaba y mataba, de hecho, a los varones y se ganó honores heroicos durante una expedición comandada por hombres. Rechazó el matrimonio tradicional, pero disfrutó del sexo con amantes a los que ella misma seleccionaba.[18]

Atalanta fue una marginada, un personaje solitario y aislado. Una chica griega como Atalanta no era sino una ensoñación mítica. Pero los griegos

sabían de la existencia de un lugar en el que Atalanta se hubiera adaptado a la perfección, una tierra en la que alguien como ella hubiera encontrado fraternidad, aceptación social y compañeros masculinos. Tal tierra, tal lugar, se encontraba entre las amazonas.

¿QUIÉNES ERAN LAS AMAZONAS?

En la mitología griega, las amazonas eran aguerridas mujeres procedentes de las exóticas tierras orientales, tan valientes y hábiles en la batalla como el más esforzado de los héroes helenos. Desempeñaron un papel protagonista no solo en la legendaria Guerra de Troya, sino también en las crónicas de la más célebre de las ciudades-estado griegas, Atenas. Todos y cada uno de los principales héroes mitológicos (Heracles, Teseo, Aquiles…) probaron su valor venciendo a poderosas reinas guerreras y a sus respectivos ejércitos de mujeres. Tales gloriosas reyertas contra extranjeras asesinas de hombres son relatadas en la tradición oral y en épica escrita, e ilustradas en innumerables obras de arte dispersas por todo el mundo grecorromano. Famosos personajes históricos, como el rey Ciro de Persia, Alejandro Magno o el general romano Pompeyo también hubieron de vérselas con las amazonas. Los autores griegos y romanos, de hecho, nunca dudaron de la existencia de estas en el remoto pasado y muchos sostenían que en las tierras que se extendían en torno al mar Negro, y aún más allá, habitaban mujeres que vivían a la manera de las amazonas.[19] Los especialistas modernos, por el contrario, las ubican generalmente en la esfera del imaginario griego.

Pero, ¿fueron reales las amazonas? Aunque durante mucho tiempo se creyó que no eran sino fruto de la imaginación, toda una serie de abrumadoras pruebas nos demuestran en la actualidad que las tradiciones sobre las amazonas que se divulgaron entre los griegos y otros pueblos de la Antigüedad derivaban en buena medida de una realidad histórica.[20] Entre los pueblos nómadas que cabalgaban por las estepas euroasiáticas, y que los griegos conocían como «escitas», las mujeres compartían idéntica existencia de privaciones y vida al aire libre que sus compañeros varones. Estas «tribus guerreras no tenían ciudades ni moradas fijas», escribía un historiador antiguo; «permanecían libres e indómitas, tan salvajes que incluso sus mujeres tomaban parte en la guerra».[21] La arqueología revela que aproximadamente una de cada tres o cuatro mujeres nómadas de las estepas era una guerrera activa que en su momento fue enterrada junto con sus armas. Su estilo de vida, tan diferente de la reclusión doméstica de las mujeres griegas, cautivaba la imaginación de los griegos. Los únicos paralelos reales existentes en Grecia fueron los contados casos de mujeres que se vieron obligadas en algún momento a defender a sus familias y ciudades contra los invasores en ausencia de sus maridos.

El mito de Atalanta parece sugerir que una niña criada según su propia naturaleza crecería hasta convertirse en algo parecido a una amazona. En realidad, «convertirse en amazona» era una opción abierta para las muchachas de las estepas, adiestradas desde la niñez para cabalgar y disparar flechas. La combinación «equiparadora» de la equitación y el tiro con arco, en efecto, suponía que las mujeres podían ser igual de rápidas y letales que los hombres.

Ya fuera por elección propia u obligadas por las circunstancias, las mujeres escitas podían convertirse en cazadoras o guerreras sin renunciar por ello a su feminidad, a la compañía masculina, al sexo o a la maternidad.

El empeño universal por encontrar el equilibrio y la armonía entre hombres y mujeres, tan similares pero tan diferentes, constituye el transfondo de todas las leyendas sobre las amazonas. Es esta tensión atemporal la que nos ayuda a explicar por qué hubo igual número de historias de amor sobre las mujeres guerreras que narraciones bélicas.

En pocas palabras: durante mucho tiempo se ha asumido que las amazonas, las guerreras a las que combatieron Heracles y los otros héroes de la mitología griega, constituían una imaginativa invención griega. Pero las mujeres que vivieron como amazonas fueron muy reales, aunque por supuesto su recuerdo fue transformado por la mitología. Los descubrimientos arqueológicos de esqueletos femeninos con heridas de guerra enterrados junto con sus armas prueban que estas aguerridas mujeres existieron realmente entre los nómadas de las estepas escitas de Eurasia. De modo que las amazonas fueron en realidad escitas; algo que los propios griegos comprendieron a la perfección mucho antes de que lo hicieran los arqueólogos modernos. Además, los griegos no fueron los únicos que contaron historias sobre las amazonas: las emocionantes aventuras de las heroínas guerreras de las estepas han sido relatadas muchas otras culturas de la Antigüedad

Nuestra misión, por lo tanto, será la de separar el mito de la historia. Al ser este el primer gran compendio de las vidas y leyendas de las amazonas a lo largo del mundo antiguo, este estudio explora la realidad que se esconde detrás de los mitos, en los que se profundiza y abarca una gran cantidad de culturas y regiones para desvelar la desconocida historia, y toda una serie de sorprendentes descubrimientos recientes, sobre las batalladoras que el mito convirtió en las amazonas. ¿Cómo sabemos con certeza que realmente existieron en la Antigüedad unas mujeres análogas a las amazonas? ¿De verdad las amazonas se extirpaban uno de los senos? ¿Se tatuaban la piel? ¿Y qué hay de su vida sexual? ¿Por qué las amazonas preferían los pantalones a las faldas? ¿Qué estupefacientes preferían? ¿Cómo entrenaban a sus caballos? ¿Cuáles eran sus armas más letales y qué tipo de heridas infligían? Las respuestas a todas estas preguntas y a muchas más, extraídas de las fuentes antiguas y de los últimos progresos de la arqueología, la historia, la etnología, la lingüística y el conocimiento científico, se suceden en estas páginas.

Una vez que sepamos cómo eran las vidas de estas auténticas guerreras, las famosas amazonas de la mitología y las leyendas clásicas vuelven a la vida bajo una nueva y sorprendente perspectiva. ¿Por qué Heracles asesinó a Hipólita, reina de las amazonas, en vez de convertirse en su amante? ¿Cuál fue el destino de Antíope, la única amazona que desposó a un héroe griego? ¿Por qué invadieron Atenas las amazonas y quién ganó semejante contienda? ¿Acaso Aquiles y Pentesilea pudieron ser amigos en un mundo alternativo? ¿Qué es lo que llevó a una tripulación de amazonas a navegar hasta Roma? ¿Quién fue la bella reina amazona que acechó a Alejandro Magno a lo largo de toda Asia?

La última sección de este libro presenta a las amazonas como nunca antes habían sido analizadas, desde una perspectiva no griega. En vez de observar el Oriente bárbaro a través de la mirada helena, viajaremos más allá del mundo mediterráneo y atravesaremos los mares Negro y Caspio, las estepas, los bosques, las montañas y los desiertos, en busca de las historias que narraban los propios escitas y sus vecinos persas, egipcios, caucásicos, centroasiáticos e indios. Por último, nos veremos en China oteando hacia occidente, hacia las «Grandes Tierras Salvajes» de los xiongnu, el nombre que los chinos daban a los pueblos nómadas cuyas mujeres eran tan fieras como sus compañeros masculinos.

Una «Enciclopedia Amazónica» como esta, inclusiva, que abarca desde el Mediterráneo hasta la Gran Muralla China, comprenderá necesariamente un gran número de exóticos nombres propios de gentes y lugares, que serán buena prueba de la amplia y extendida popularidad de las guerreras durante la Antigüedad. Presumiendo y asumiendo que algunos de mis lectores hojearán rápidamente este libro hasta alcanzar directamente los capítulos que más respondan a su curiosidad o interés personal, he incluido abundantes referencias cruzadas acerca de las cuestiones más relevantes.

NOTAS

1. Historia de Atalanta: Hesíodo, *Teogonía* 1287-1294; *Catálogo de las mujeres* (compendio del siglo VI a.C. atribuido a Hesíodo); Apolodoro 1.8.2-3; 1.9.16; 3.9.2; Apolonio de Rodas, *Argonáutica* 1.768-773 (voluntarios para la nave *Argos*); Higinio, *Fábulas* 185; Diodoro de Sicilia (en adelante, Diodoro) 4.34; 4.41-48; Eliano, *Historias curiosas* 13.1 («mirada fiera»); Ovidio, *Metamorfosis* 8.270; 10.560-707; Pausanias 8.45, entre otros. Tanto Arcadia como Beocia reivindican la figura de Atalanta: *vid*. Gantz 1993, 1: 331-339; Fowler 2013, 110 (regalo de la lanza a Jasón: escolio a Apolonio, *Argonáutica*) y 411. Variantes del mito de Atalanta en las fuentes y el arte grecorromanos: Boardman 1983; Barringer 1996; 2001; 2004.
2. En algunas versiones, el joven que venció en la carrera contra Atalanta se llama Melanion. Jenofonte (*Sobre la caza* 1.7) sostiene en el siglo IV a.C. que el joven cortejó a Atalanta efectuando «grandes trabajos por amor». Por desgracia, las dos tragedias antiguas que trataban el tema, la *Atalanta* de Esquilo y el *Meleagro* de Sófocles, se han perdido. Para una interpretación estructuralista de la carrera: Barringer 1996, 71-75.
3. Pausanias (8.45-46; 8.35.10; 3.18.15; 3.24.2; 5.19.1) describe numerosas obras de arte antiguas que representan a Atalanta; *vid*. Filóstrato, *Imágenes* 15. El «torso de amazona» de Atalanta y la cabeza del Jabalí de Calidón se conservan en el Museo Nacional de Atenas: Gardner 1906, fig. 170. La similitud entre Atalanta y las amazonas fue apuntada por Bennet (1912, 60, 75) y Tyrrell (1984, 73, 77, 83-84) y discutida en detalle por Barringer (1996; dedicación de colmillos: pág. 54, n. 26; 2001; 2004). Los inmensos colmillos exhibidos en Tegea posiblemente serían los de un mamut prehistórico, un tipo de fósil habitual en Grecia.
4. Boardman 1983, 9-10. Barringer 1996, 51-66; 2001, 147-171.
5. Escitas en la decoración vascular: Vos 1963, 40-52. Dowden 1997, 104. Braund 2005; Barringer 2004; Ivantchik 2006, 219-224. Atalanta vestida como una amazona: Barringer 1996, 55-56, 59-60 y 62-67. Primeros contactos, mestizaje y familiaridad: Braund 2005; Mayor, Colarusso y Saunders 2014.
6. Escitas en la decoración vascular: Vos 1963, 40-52. Dowden 1997, 104. Braund 2005; Barringer 2004; Ivantchik 2006, 219-224. Atalanta vestida como una

amazona: Barringer 1996, 55-56, 59-60 y 62-67. Primeros contactos, mestizaje y familiaridad: Braund 2005; Mayor, Colarusso y Saunders 2014.

7. Minns 1913, 53. Blok 1995, 413, 26-30, 217-219. Algunos autores defienden que las vestimentas escitas en los vasos griegos arcaicos no implican una etnicidad foránea, sino que son una convención para referirse a arqueros griegos de bajo estatus. Esta teoría, sin embargo, obvia deliberadamente la cuestión de por qué las amazonas y la propia Atalanta aparecen representadas con ropajes escitas. Estos autores, en todo caso, defienden que los personajes vestidos a lo escita que acompañan a Atalanta en este vaso representan a Meleagro y a los otros jóvenes griegos, *efebos* o héroes «cadetes» por aquella época, revestidos con prendas al estilo escita-amazónico por razones rituales. Desde este punto de vista, la propia Atalanta ejercería en la escena el papel de un joven varón griego vestido a lo escita. Pero estas teorías no tienen en cuenta los atuendos heroicos y efébicos griegos convencionales que portan los demás jóvenes en estos mismos vasos, ni tampoco son fáciles de reconciliar con los demás elementos de la biografía de Atalanta. *Vid*. Ivantchik 2006, 198, 206 y 219-224; Osborne 2011, 143-145; vestimentas al estilo escita para representar a efebos griegos: Lissarrague 1990, 125-149; Shapiro 1983, 111. Para una contraargumentación, *vid*. Cohen 2012, 471-472. El único argumento literario en el que se sostiene la teoría de que los efebos griegos vestían como escitas deriva de una fuente bizantina del siglo IX d. C., Focio, *s.v. sunepheboi*, según el cual los habitantes de Elis denominaban a sus efebos *skuthas*. De acuerdo con Barringer (1996, 61-62), Atalanta hacía las veces de un efebo griego masculino y el propio mito de la caza del Jabalí de Calidón no era sino una «caza iniciática de jóvenes varones griegos, pervertida desde el primer momento»; una escena en la que hasta el propio jabalí «caza como un efebo». Atalanta representada junto con escitas: Barringer 1996, 51-61; 2004, 16-17, 19 y 23-25.

8. Atalanta como atleta y escenas eróticas: Boardman 1983, 10-14; Barringer 1996, 67-70. Silueta de león bordada en una copa de figuras rojas de Oltos, 510 a. C., Bolonia: *vid*. Barringer 2001, 163-164, fig. 90. *Perizoma*: Bonfante 1989. Eurípides (*Andrómaca* 597-600) defiende que las muchachas espartanas luchaban desnudas contra los varones, pero esta tragedia suele considerarse como una pieza de propaganda antiespartana. Las competiciones de lucha entre hombres y mujeres son habituales en las tradiciones nómadas: *vid*. Caps. 22 y 24.

9. La mención escrita más temprana a este mito (Paléfato 13, con los comentarios de Stern 44-45), de finales del siglo IV a. C., mantiene que la transformación se produce porque Atalanta y su amante hicieron el amor en una cueva que resultó ser la guarida de un león y una leona. Otro temprano recuento griego simplemente asume que su pasión les convirtió en animales salvajes (Apolodoro 3.9.2). En el siglo I d. C., Higinio (*Fábula* 185) fue el primero en mantener que los leones no podían aparearse, aunque su colega poeta Ovidio (*Metamorfosis* 10.681-707) sostuvo que ambos amantes continuaron practicando sexo tras la transformación. Barringer 2001, 151-159.

10. Apolodoro 3.9.2, y *vid*. Frazer, n.º 2, en la edición de Loeb para las explicaciones antiguas y medievales de la transformación en leones. Los poetas latinos Ovidio e Higinio afirman que Afrodita, rencorosa, inflamó la pasión de los amantes en el santuario. Plinio 8.43 sobre la lujuria, los celos y el mestizaje de los leones. Higinio fue el primer autor en defender que los leones eran «animales a los que los dioses les habían negado la cópula», pero Ovidio sostiene que la pareja, ya transformada en leones, mantenía relaciones sexuales en los bosques. Citas: Barringer 1996, 76 y fig. 23; Barringer (2001) sobre el significado erótico de los felinos, págs. 99-101, 163 y 167. Algunas fuentes míticas sugieren la piedad divina o la idoneidad poética como causas de la transformación.

11. «Las únicas mujeres cazadoras son aquellas ajenas a los lazos de la sociedad civilizada, llamadas […] amazonas»: Barringer 1996, 59 y 62; 2001: 156-157; 2004. Estatus marginado de las amazonas: Hardwick 1990, 17-20; Lefkowitz 2007, 12. Eliano, *Historias curiosas* 13.1.

12. Mayor, Colarusso y Saunders 2014.
13. Barringer 2001, 144-147;Vernant 1991, 199-200; Fantham *et alii* 1994, 85. Dowden 1997, 122-123. *Cf.* Ballesteros Pastor 2009 para un culto a los osos asociado con Ártemis en Temiscira, tierra natal de las amazonas.
14. Muchachas como «animales salvajes deseosos de imitar el tipo de vida de Ártemis»: Stewart 1995, 579, citando a Homero, *Ilíada* 21.471; Píndaro, *Píticas* 9.6; Jenofonte, *Ciropedia* 6.13. Stewart 1998, 120. «La amazona que había en ellas debe morir»: Dowden 1997, 123. La mítica amazona representa la verdadera alma libre femenina, que debía ser reprimida o suprimida en las sociedades patriarcales como la griega, de acuerdo con la poeta rusa Marina Tsvetaeva: Burgin 1995.
15. Para el Vaso François como un regalo nupcial y Atalanta en los jarros para perfumes y ungüentos, en los vasos nupciales y en otras cerámicas femeninas: Barringer 1996, 62-66; 2001, 143, 159-161 y 171; 2004; sobre los espejos y joyeros: Boardman 1983, 16-18. Son los hombres quienes crean las pinturas vasculares de las mujeres para enseñarles cuál debe ser su lugar: Tyrrell 1984, 48.
16. De manera significativa, las amazonas también son frecuentes en los vasos ofrecidos como regalos nupciales y en los objetos empleados por las mujeres griegas. Un ejemplo especialmente llamativo en este sentido son los *epinetra*, empleados durante el trabajo de la lana. Así se muestra en el vaso del pintor Diosfos, *ca.* 500 a. C., Louvre, MNC 624: por una cara encontramos la escena de una mujer tejiendo en sus aposentos privados; en la otra, encontramos la imagen de tres amazonas. En los capítulos siguientes se citan otros ejemplos de iconografías similares sobre objetos femeninos.
17. *Vid.* Woodford 2003, cap. 17, sobre la búsqueda de las claves que permitan desvelar los misterios de las pinturas vasculares. La inscripción «sin sentido» entre Atalanta y Peleo en el vaso del pintor Diosfos (Berlín F 1837) parece ser abjasia: «La de pelo rizado». Colarusso, com. pers., 14-15 de enero de 2012. Para el abjasio y otros idiomas caucásicos sobre las pinturas vasculares griegas: Mayor, Colarusso y Saunders 2014. Colarusso 2002, Saga 83, 364-365.
18. «Confusión»: Barringer 2001, 51-53, 157-158 y 167; para los estructuralistas J.-P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *vid.* Barringer 2004; y también 1996, 61-62 y 65; Vernant 1991, 199-200. El hijo de Atalanta fue Partenopeo, uno de los Siete contra Tebas; su padre es identificado con Meleagro, Melanio, Hipómenes o Ares. Fowler 2013, 411. Apolodoro 3.9.2.
19. Los mosaicos romanos posteriores muestran a Atalanta cazando a caballo como una amazona. Atalanta se diferencia de otras vírgenes míticas como Calisto, que se resistían al matrimonio pero terminaban siendo violadas y transformadas en animales. Tal suceso pudo sobrevenir en el mito de Atalanta durante el intento de violación de los centauros, pero en vez de ello Atalanta supo defenderse a sí misma, como hubiera hecho una verdadera amazona. Barringer 1996, 60 y 66; Heródoto 4.116.2; Apolodoro 1.9.16; Diodoro 4.41.2; 4.48.5.
20. La única excepción fue Paléfato, un escéptico «destructor de mitos» del siglo IV a. C. Racionalizando la mitología como una incomprensión de los acontecimientos naturales, Paléfato propuso que los bárbaros masculinos fueron tomados por mujeres debido a que se afeitaban la barba, se ataban la cabellera y vestían largas faldas. Pero, en la vida real y en el arte griego, tanto las amazonas como los genuinos jinetes bárbaros vestían pantalones, en vez de largas faldas. Paléfato 32, aunque se contradice a sí mismo en 4, cuando interpreta la Esfinge como una amazona.
21. Mucho antes de los modernos descubrimientos arqueológicos en Escitia, el especialista francés Pierre Petit (1685) escribió un tratado ilustrado en el que defendía que las amazonas de la mitología griega existieron realmente.
22. Mela 3.34-35 (*ca.* 43 d. C.).

Libro completo **aquí**

DESPERTA FERRO
EDICIONES

Las amazonas, esas fieras mujeres que habitaban en los confines del mundo conocido, fueron en los mitos griegos guerreras archienemigas de héroes como Aquiles o Hércules. Pero, ¿es adecuado emplear «míticas»? ¿Quiénes fueron en realidad esas intrépidas luchadoras que se entregaban a la guerra, la caza y la libertad sexual? ¿Existieron realmente o fueron solo un arquetipo de la otredad en la cosmovisión griega?

En este extenso y profusamente ilustrado libro, Adrienne Mayor, finalista del National Book Award por su apasionante biografía de Mitrídates el Grande –también publicada por Desperta Ferro Ediciones– revela detalles íntimos y sorprendentes, así como nuevas hipótesis acerca de las mujeres de carne y hueso de las estepas que el mundo clásico conocería como amazonas, para demostrar que estas guerreras no eran tan solo fruto de la imaginación helénica.

Combinando el análisis de los mitos clásicos con las tradiciones de la estepa euroasiática y la arqueología, *Amazonas* es el primer relato integral acerca de estas aguerridas mujeres, plasmadas en la mitología y la historia a lo largo y ancho del mundo antiguo, desde el mar Mediterráneo hasta la Gran Muralla china. Una obra que rompe estereotipos vivos hoy en día pero también los de hace más de dos milenios.

ISBN: 978-84-946275-3-8

9 788494 627538

P.V.P.: 25,95 €

HISTORIA ANTIGUA